

Pilar Zapata

EL HIJO

(Una actriz de cuarenta y tantos años.)

ALMUDENA- *(Mira el móvil. Desolada. Para sí.)* ¡Otro día sin saber nada de Jorge! Mejor dicho, otra noche, porque a estas horas seguro que acaba de meterse en la cama. *(Echa a andar, suspirando.)* Aunque hay que reconocer que ese ritmo yo no lo aguantaba. Y eso que trabajo por la tarde, pero, así y todo, me ponía enferma que el amanecer nos pillara a los dos con un cubata en la mano en vez de con un café... Claro que a él le sentó como un tiro cuando le dije que quería acostarme antes. Pero es que ya no podía más, que no son lo mismo sus veintiocho años que mis cuarenta y seis. ¡Y anda que no me he sacrificado para seguirle la marcha! Que si el gimnasio, que si la dieta, que si las cremas rejuvenecedoras, y luego, de madrugada, venga a pintarme las ojeras y a ponerme las cosas en su sitio, porque con el cansancio se me desfigura la cara y cada ceja se me iba para un lado... ¡Nunca en mi vida he sufrido tanto por darle gusto a un hombre! Hasta en la cama... *(Pensativa.)* Sí, sobre todo en la cama, que se me entumecía todo el cuerpo con aquellas posturas de circo... A mí el placer me venía al final, cuando podía desenredarme de él, estirarme a gusto y comprobar que no me había roto ningún hueso... *(De pronto, muy alterada.)* ¡Ay, a ver! *(Saca el móvil del bolso a toda prisa, y lo mira. Decepcionada.)* ¡Otro anuncio! Por un momento creí que era él... *(Suspira.)* Pero no me va a llamar, conque mejor que no me haga ilusiones... ¿Y si le llamo yo...? *(Guarda el móvil, decidida.)* ¡De ninguna manera! Por lo menos, de momento, que para perder la dignidad siempre hay tiempo. Claro que, si al final la voy a perder, mejor que sea ahora y así me evito este dolor... *(Se detiene y respira hondo, con la mano en el pecho.)* Es que me entra una congoja que me ahogo, sólo de pensar que se olvide de mí y acabe sustituyéndome por otra de su edad... Y, sin embargo, ése será nuestro final...

(Mira al frente, apurada.) No, señora, no me pasa nada. *(Aparta la mano del pecho. Sorprendida.)* Sí, soy Almudena. Y usted ¿cómo lo sabe? *(Escucha unos segundos.)* Ah, que es mi vecina de abajo. Pues disculpe, pero como acabo de instalarme en el piso, al encontrarme así, de pronto, con tantas caras nuevas... Aunque la suya no se me olvida ya, Teresa. Y ahora la dejo, que voy...

(Para sí, hacia un lado, fastidiada.) ¡A ningún sitio, porque ésta tiene ganas de conversación!

(Al frente, a la supuesta vecina.) ¿Que me vio con mi hijo? *(Asombrada.)* ¿Qué hijo? ¡Si yo no...! *(Escucha unos segundos.)* Ah, pero ese chico no...

(Para sí, indignada.) ¡Ha tomado a Jorge por hijo mío!

(Al frente.) Sí, uno moreno, con una cazadora de color rojo... ¿Qué quién era? *(Turbada.)*
Pues era... Un amigo...

(Para sí.) ¡Huy, por Dios, cómo me mira! ¡Como si no pudiera una tener amigos de todas las edades! ¿Y si le digo que sí, que era mi hijo, y me invento otra vida, aunque sólo sea para no darle qué hablar a esta cotilla? Una vida ordenada de madre de familia... Será muy divertido. Y muy fácil. Al fin y al cabo, aquí no me conoce nadie...

(Al frente.) En realidad, era mi hijo. Es que la cazadora es de un amigo suyo y... En fin, que me he hecho un lío... Pero es mi hijo. Vive fuera y había venido a verme... Se marchó anoche.
(Suspira.) Acaba de llamarme desde allí..., desde... Alemania. Está en Berlín, trabajando de camarero. Aunque él es ingeniero industrial, conque me imagino que los alemanes se darán cuenta en seguida de lo que vale y le ofrecerán un puesto de su nivel...

(Para sí.) ¡Me ha quedado redondo! Y seguro que se lo ha tragado.

(Escucha unos momentos. Al frente. Tajante.) Como lo oye: ingeniero industrial. Acabó la carrera sin repetir ni un curso.

(Para sí.) ¡Qué impertinente! ¿Por qué duda de que mi hijo, si lo tuviera, sería una lumbrera? ¿Es que me ve a mí cara de tonta?

(Al frente.) Jorge. Se llama Jorge, como su padre. Su padre, que...

(Para sí.) Ya puesta a ser respetable, en vez de decirle que estoy divorciada, más vale que mate al susodicho.

(Al frente.) Que se murió. Soy viuda, así que ahora, con el chico en el extranjero, me he quedado más sola que la una... *(Escucha unos segundos.)* Ah, ¿que nos vio discutiendo a los dos por la calle...? ¡Qué raro, con lo bien que nos llevamos! Tenemos un carácter muy parecido... *(Vuelve a escuchar unos segundos.)* Ahí tiene usted razón: físicamente somos muy diferentes. Él ha salido a su padre... *(Ve algo tras la supuesta vecina que la hace interrumpirse, asustada.)*

(Para sí.) ¡Coño, ahí está Jorge! ¡Ha venido a buscarme! Y ¿qué hago? Si lo presento como si fuera mi hijo, va a protestar... Además, no pienso reconocer delante de él que tengo edad para

ser su madre... Aparte de que se supone que está en Berlín. ¿Y entonces? Porque, ya que me he labrado una reputación ante esta cotilla, que debe de ser la pregonera del vecindario, no voy a echarlo todo por tierra, confesándole que es mi novio... No, jeso es lo último! (*Se coloca de lado.*) No le haré ni caso, para que vea que ahora no es el momento, y espere a que me quede sola... (*Preocupada.*) Claro que ¿y si se va y no vuelve? Con lo orgulloso que es, no me perdonará nunca que le ignore, después de que ha venido a hacer las paces. Y tampoco va a entender que haya dicho una mentira tan tonta, él, que siempre va con la verdad por delante... Pues mira: que se vaya... No puedo echarme atrás ahora y quedar en ridículo delante de esta mujer, que va a ser mi vecina el resto de mi vida. (*Pensativa.*) Aparte de que tengo cuarenta y seis años: ya es hora de sentar cabeza. Y no está mal ser un poco oveja, con lo cómodo que se debe de vivir en el rebaño... Porque él... Seguramente acabará dejándome, o ahora o más adelante. (*Lanza una ojeada de reojo tras la supuesta vecina. Con pesar.*) ¡Ya se ha ido!

(*Al frente.*) Perdone. Es que ha pasado uno que... Me parecía que le conocía. Pero sí que la escucho, sí. Me está usted hablando de la panadera, que está liada con su ayudante... ¡Qué poca vergüenza!